

El caso Watergate, al igual que «los papeles del Pentágono» pasarán a la Historia como una victoria de la prensa, del «cuarto poder».

Al comentar el Premio Pulitzer concedido este año al Washington Post por las informaciones sobre Watergate, su colega The New York Times señalaba: «El Post y otros periódicos que se han ocupado del "affaire" han demostrado una vez más, y en un momento particularmente oportuno, la absoluta necesidad que tiene el país de una prensa libre y sin trabas de ningún tipo, si es que pretende conservar la democracia constitucional norteamericana».

En la crónica que publicamos a continuación, escribe Amalric: «La prensa norteamericana se ufana, en general y con razón, de haber vencido por fin a los "conspiradores" de la Casa Blanca».



Premio Pulitzer al fotógrafo Nguh Cong «Nick».

LOS PREMIOS PULITZER O "EL CUARTO PODER"

Tal como van las cosas, no parece que vaya a hacerse pronto justicia en el asunto del Watergate. El lunes 7 de mayo se reparó, sin embargo, una injusticia, cuando los regentes de la Universidad Columbia, de Nueva York, concedieron el Premio Pulitzer al Washington Post por la amplitud y profundidad con que «cubrió» el escándalo del Watergate. «Desde el comienzo del "affaire" —han declarado los regentes de Columbia en su fallo—, el Washington Post se ha negado a minimizar el incidente del Watergate y a presentarlo como una broma pesada política o un robo ordinario (...). Otros periódicos, animados por el espíritu cívico, han contribuido igualmente a sacar a la luz pública todo este asunto, pero ha sido precisamente el dinamismo manifestado por el Post en su investigación lo que ha suscitado nuevas revelaciones, gravemente comprometedoras para diversas personalidades, tanto del Comité pro Reelección del Presidente como de la Casa Blanca».

El Washington Post ha merecido realmente el galardón que se le ha concedido. Mientras que la mayoría de la prensa americana se desinteresó durante la campaña presidencial de las ramificaciones del complot, ramificaciones

que ya resultaban empero evidentes, el Washington Post llevaba a cabo prácticamente sólo su investigación, atrayéndose las iras de la Casa Blanca. El celoso portavoz de la Presidencia, Ziegler, llegó un día a acusar al Post de estar «deshonrando». Ya sabemos ahora quién ha perdido el honor. Ziegler daba casi lástima la semana pasada, cuando, obligado por las circunstancias, hubo de presentar por fin sus excusas al diario matutino de la capital y en especial a los dos jóvenes periodistas que llevaron a cabo la investigación: Robert Woodward, treinta años, republicano, ex alumno de Yale y oficial de reserva, y Carl Bernstein, veintinueve años, sin diploma, y mucho más «bohémio» que su camarada, aunque tan tenaz como él.

Victoria del «cuarto poder»

No es simple casualidad el que la mayor parte de las fechas decisivas del «affaire» coincidan con la publicación en la primera página del Post de un artículo firmado al alimón por Woodward y Bernstein. Los dos camaradas llevaban acumulando información desde el pasado mes de junio, aunque en un momento dado pudieron dar la impresión de estar

trabajando para una minoría de maniáticos: aquellas personas que pensaban que el «affaire» del Watergate era importante y grave. Aquellos tiempos han quedado ya olvidados, y la prensa americana se ufana, en general y con razón, de haber vencido por fin a los «conspiradores» de la Casa Blanca. «No hay mal que por bien no venga», dicen los comentaristas: el ejecutivo ha fracasado, el poder legislativo ha tardado en reaccionar, el judicial no ha salido inmaculado de este «affaire», pero el «cuarto poder», la prensa, ha demostrado estar a la altura de su misión.

Esto no deja de ser verdad, aun cuando algunas personas hayan demostrado su honorabilidad en todo este asunto (el juez federal Sirica, en particular, no ocultó en ningún momento su convicción de que los siete hombres que comparecieron ante su Tribunal mentían). No podemos olvidar, sin embargo, la diferencia del trato reservado por la prensa a Nixon y a McGovern. Apenas se formularon al primero preguntas molestas, aun cuando dos antiguos colaboradores de la Casa Blanca habían sido sorprendidos prácticamente con las manos en la masa mientras espían al partido contrario. Al mismo tiem-

po, el senador McGovern —obligado a hacer una campaña activa, contrariamente a su rival, que se encerraba en la Casa Blanca y daba a entender que estaba demasiado preocupado por sus funciones de Presidente como para dedicarse a la política— era sencillamente descalificado por la prensa por haber elegido como candidato a la vicepresidencia a un hombre que le había ocultado ciertas depresiones nerviosas graves por el padecidas.

Se ha hecho justicia

Las cosas cambiaron algunas semanas después de las elecciones. Además del Washington Post, otros periódicos comenzaron a atraerse las cóleras de Ziegler y de otros dirigentes republicanos igualmente implicados en el asunto. Hay que decir, sin embargo, que la prensa americana se sintió un momento intimidada por la campaña desencadenada a partir de 1969 por la Administración. El vicepresidente Agnew figuró a la cabeza de aquel dudoso combate, cuyo objetivo era desacreditar cuanto de liberal hay todavía en los Estados Unidos. Combate dirigido, en realidad, desde la misma Casa Blanca. Nueva prueba de ello lo tenemos en la reciente no-

HORIZONTE CERRADO

A pesar del salvamento in extremis del Mercado Común agrícola por parte de los ministros de Agricultura de los "Nueve", el horizonte europeo sigue cerrado. En todos los sectores fracasan uno tras otro los proyectos de cooperación entre los firmantes del Tratado de Roma. En el sector espacial, el programa para la construcción de cohetes "Eldo" se fue al traste en fecha reciente. En el terreno social, los proyectos de armonización presentados por Edgar Faure en la cumbre de los "Nueve" en París el pasado octubre continúan siendo letra muerta. En cuanto a la unión económica y monetaria, que debería haber comenzado a funcionar el 1 de abril, todavía no ha entrado en vigor.

Es verdad que se ha evitado por los pelos el fracaso de la Europa verde; sin embargo, el acuerdo de compromiso, al que se llegó al cabo de cincuenta horas de discusiones, es tremendamente vulnerable. Todo el edificio construido desde la firma, en el año 1957, del Tratado de Roma corre el peligro de venirse abajo a la primera crisis. En efecto, los durísimos debates de Luxemburgo demostraron claramente que ni Gran Bretaña ni Alemania, las dos grandes perjudicadas por el actual sistema, que beneficia principalmente a Francia, aceptarán indefinidamente el mantenimiento del mismo. Si en el minuto de la verdad el francés Jacques Chirac se avino a hacer importantes concesiones, es porque temía caer en una trampa tendida por sus colegas Eril (Alemania) y Godber (Gran Bretaña), a los que hubiese agradado ver cómo estallaba el Mercado Común agrícola para responsabilizar del fracaso a los franceses.

El acuerdo de Luxemburgo se limita a fijar los precios comunitarios para la campaña agrícola, inaugurada el 1 de mayo. Prevé las zonas siguientes: frutos y legumbres, 7,5 por 100; leche, 5,5 por 100;

carne de buey, 10,5 por 100; ternera, 7,5 por 100; cerdo, 4 por 100; cereales, 1 por 100, etcétera. Podrán concederse subvenciones para fomentar el consumo de mantequilla, cuya producción resulta excedentaria.

Pero este arreglo no ha resuelto ninguno de los graves problemas agrícolas que tienen planteados los "Nueve" en los sectores comercial, financiero y diplomático. En el plano financiero, en particular, ha sido imposible restablecer la regla fundamental de la unidad de los precios agrícolas comunes a todos los países miembros. Debido a la flotación o la revaluación de la libra, el marco, la lira, el florín y el franco belga, Gran Bretaña, Alemania, Italia, los Países Bajos y Bélgica no compran ni venden los productos agrícolas a sus socios a los precios en vigor en sus mercados interiores. Para no perjudicar a su agricultura, esos países aplican en sus fronteras un sistema de descuentos e impuestos, totalmente contrario a la letra y al espíritu de los tratados europeos. En Luxemburgo, los países interesados se han negado a poner fin a este sistema, que divide el Mercado Común en múltiples zonas.

De hecho, mientras la libra esterlina flote aisladamente, como lleva haciendo desde julio de 1972, no sólo el Mercado Común agrícola, sino la totalidad del sistema comercial y financiero comunitario se verá gravemente perturbada. Este problema constituirá el núcleo de las conversaciones Heath-Pompidou, previstas para el fin de semana del 20 de mayo.

Cuando el Gobierno británico decretó la flotabilidad de la libra, Edward Heath prometió a Pompidou que la divisa británica volvería a tener una paridad fija a partir del primero de enero de 1973, fecha de la entrada oficial de Gran Bretaña en el Mercado Común, o como muy tarde, el 1 de abril, fecha de la entrada en vigor teórica de la unión económica y monetaria de los "Nueve". Ahora bien, Gran Bretaña no cumplió su promesa. No sólo sigue flotando la libra, sino que Londres reclama de sus partidarios del Mercado Común la consolidación de la balanza esterlina; es decir, que les exige asumir las enormes deudas contraídas por Londres desde la guerra con la Commonwealth.

En mayo de 1971, con ocasión de la primera cumbre franco-británica, Georges Pompidou estableció lazos de amistad personal con el primer ministro inglés, Heath. Pompidou estaba convencido de que el "premier" británico podía y quería liberarse de los "lazos especiales" que unían a Londres con Washington para acercarse definitivamente a la vieja Europa. Hoy, en el Elíseo, se muestran escépticos, y Pompidou piensa pedir a Heath pruebas de su buena voluntad.

El mejor "test" a este respecto será la actitud que adopte Gran Bretaña en la defensa del Mercado Común y la Europa verde frente a la ofensiva de Washington, con ocasión de la próxima "ronda Nixon". El papel de Gran Bretaña será tanto más determinante cuanto que será el ex embajador británico en París, Christopher Soames, encargado desde el primero de enero de la vicepresidencia de la Comisión de Bruselas, quien represente al Mercado Común en las negociaciones con Washington.

Si Pompidou desea obtener de Heath un más fuerte apoyo, es porque deberá reunirse con Richard Nixon en Islandia unos días más tarde. El Presidente norteamericano tratará de captar a Pompidou para el proyecto de "comunidad atlántica", recientemente lanzado por Henry Kissinger, proyecto que entrañaría una reconsideración de la política comercial y financiera de la posguerra, así como al replanteamiento de los acuerdos de defensa y la estrategia nuclear americana en un sentido más conforme a los intereses norteamericanos ■ JACQUES MORNAND.

ticia de que el propio Nixon ordenó abrir una investigación paralela en torno a la publicación de los «dossiers» del Pentágono (publicación que le valió al *New York Times* el Premio Pulitzer del año pasado). La investigación había sido confiada a los dos esbirros encargados de espiar a los periodistas sospechosos, Howard Hunt y Gordon Liddy, los mismos implicados en el «affaire» del Watergate y en el robo en la consulta del psiquiatra de Daniel Ellsberg.

El asunto del Watergate ha ratificado a un buen número de directores de periódicos y periodistas en su convicción de estar cumpliendo un papel esencial. Tanto mejor, por más que son por ahora muy pocos los periódicos que ejercen esa función de inquisición que les reconocen la Constitución y las tradiciones americanas. Dios sabe que América no tiene el monopolio de los escándalos. ¡Ojalá no tenga tampoco el monopolio de ese periodismo de «investigación» que viene a paliar la falta de conciencia y de escrúpulos de muchos políticos americanos! El asunto del Watergate es amplio y complejo. Todos podemos sacar de él consecuencias provechosas. ■ JACQUES AMALRIC (Co «Le Monde». Prensa Controlada).

